

Artículos no temáticos

Cuando el analista interpreta un personaje

Liana Maghid de Ubaldini

Laura, de siete años, entra apurada como es habitual en ella luego de haber insistido reiteradamente con el timbre aunque yo abro la puerta casi inmediatamente.

Apenas llega al consultorio corre la mesa que está en el centro de la habitación, lo hace de modo que queda alejada de mí. En algunos casos esto significa que ella es la maestra y su escritorio está separado del de los alumnos, en otros casos el rincón delimitado por la mesa es su cuarto donde coloca dos sillas a modo de cama.

Yo debo quedar siempre afuera de ese lugar en donde ella juega y se divierte con amigas o hermanas imaginarias. Tengo que mirar esta escena.

Esta vez me indica que soy una nena a la que encontraron en la calle. Tengo un cuarto muy pequeño. Estoy sola y me tengo que quedar ahí. Cuando yo intento algún reclamo por mi situación, me dice que me tengo que aguantar porque si no me echan a la calle, lo que es peor aún, según ella me lo hace entender.

Yo me quedo aparte y ella parece no tomarme para nada en cuenta. Continúa un juego de risas, baile y música en el que no soy incluida. Tengo un sentimiento infinito de soledad y me pregunto cómo hacer para ser notada, escuchada.

Cuando intento hablar desde el personaje que me adjudica se enoja mucho, grita y el juego mismo se interrumpe. Tengo que aceptar finalmente que sólo me queda soportar la soledad, el desprecio que es lo que caracteriza a mi personaje.

Esta viñeta intenta transmitir un aspecto de lo que constituye el trabajo psicoanalítico en una sesión con un niño.

Me centraré en el juego dramático en tanto en esta oportunidad la

interacción entre la analista y la paciente transcurre en un escenario lúdico en el que cada una de nosotras interpreta un personaje. En muchos casos el niño elige el juego dramático como medio de expresión privilegiado en su relación con el analista, en otros sólo lo usa para algunas situaciones y luego pasa a otros modos de comunicación: juegos con juguetes, dibujos, verbalizaciones.

Creo que será compartida la incomodidad que a menudo tenemos cuando esta modalidad de juego se prolonga en el tiempo y nos interrogamos acerca de la naturaleza del trabajo que estamos realizando.

Una de las preguntas que sugiere esta viñeta clínica es: ¿esta situación que se despliega en el consultorio participa de la cualidad de transicionalidad (Winnicott, D. W., 1951), elemento central en Winnicott para definir un espacio lúdico?

En cuanto a nuestro lugar como analistas, ¿se trata de un trabajo preliminar al “trabajo analítico propiamente dicho”? ¿cómo definir este último concepto?

ACERCA DE LA IDEA DE TRABAJO EN PSICOANALISIS

Laplanche y Pontalis (1968) plantean que “la misma palabra *Arbeit* (trabajo) se encuentra en varias expresiones de Freud: trabajo de sueño, trabajo de duelo, trabajo elaborativo y en diferentes términos... traducidos como elaboración”. Señalan que “hay aquí una utilización original de la noción de trabajo aplicada a operaciones intrapsíquicas, tal utilización se comprende en relación con la concepción freudiana de un aparato psíquico que transforma y transmite la energía que recibe...” “En un sentido muy amplio elaboración psíquica podría designar el conjunto de operaciones de ese aparato...”, pero Freud hace un uso más específico: “la elaboración psíquica consiste en una transformación de la cantidad de energía, que permite controlarla, derivándola o ligándola”.

En muchos casos en el juego dramático el analista es requerido para participar en esta elaboración al modo de un “juguete vivo”.

¿Qué consecuencias tiene el hecho de ser requerido en esta función?

Somos llamados a incluirnos en la escena lúdica, debemos jugar una escena con todo el riesgo que supone la posibilidad de que nuestra subjetividad se incluya en el armado del personaje.

Aun cuando pidamos al niño que nos describa el personaje, éste va adquiriendo sus características propias en tanto se desarrolla la trama. Y en ese sentido somos partícipes en esa representación que se va construyendo.

Nuestra experiencia clínica indica que a menudo la posibilidad de que se despliegue el juego y el análisis continúe depende de nuestra aceptación de jugar este personaje.

ACERCA DE LA REPRESENTACION TEATRAL

La palabra teatro deriva del griego *theaomai*, “ver”. “La representación en sí misma puede apelar al oído o al ojo como lo sugiere el hecho de que se pueden usar como sinónimos los términos espectador (que deriva de ver) y audiencia (que deriva de oír). En ambos casos se señala la importancia de la participación total del espectador como un elemento vital en el teatro.

“El texto dramático es sólo un material en bruto a partir del cual la representación teatral se crea. Los actores no reflejan solamente una creación que ha sido expresada totalmente en el libreto sino que dan cuerpo, voz, e imaginación a aquello que está indicado de manera vaga en el texto”. (Enciclopedia Británica)

Se trata de un género literario en el que el cuerpo, la sensorialidad juegan un papel preponderante y que requiere de un espectador para que la representación tenga lugar.

Me interesa particularmente aquí la idea de construcción de un texto que implica la representación teatral y su vinculación posible con el trabajo psicoanalítico.

LA TRAGEDIA

Algunas nociones que plantea Aristóteles en la *Poética* acerca de la tragedia pueden permitirnos también una perspectiva interesante sobre la acción dramática.

Aristóteles define la tragedia como “una imitación de una acción seria y completa de adecuada extensión, en lenguaje grato, *por medio de la actuación de personajes y no del relato* y que mediante compasión y miedo realiza la expurgación de tales afecciones” (el remarcado es mío).

La palabra griega para expurgación es *kátharsis* y para afecciones es *pathémata* relacionada con *pathos*: lo que se experimenta.

Aristóteles plantea para la tragedia que el espectador obtiene un efecto saludable de la participación en esta representación teatral a través de la experimentación de determinados afectos que ésta le depara.

Para la teoría analítica las vivencias que aporta el campo de la relación transferencial constituyen un instrumento básico para la cura.

En la tragedia a partir de las peripecias que se suceden en la trama se produce un reconocimiento que “como la misma palabra lo indica, lleva a un pasaje de la ignorancia al conocimiento”. Generalmente este reconocimiento revela la verdadera identidad de las personas desconocida anteriormente. Aristóteles señala que los modos de reconocimiento más interesantes son los que derivan de los incidentes de la trama.

En el caso de mi paciente Laura llegué a “reconocer”, a través de la vivencia que me deparaba el personaje que me atribuyó, a una niña denigrada por todos, sin padres, ella me dijo en alguna oportunidad que mi personaje no había nacido de nadie (por supuesto, negación de la escena primaria pero además... no ser reconocida por nadie como hija, no tener pertenencia, no tener un nombre).

No parecía haber nadie, dentro de la trama del juego, que tuviera piedad por esta desgracia que aparentemente ¿el abandono afectivo? había deparado a mi personaje.

Develada por el juego dramático surgía una identidad diferente, tal vez más genuina.

EL PSICOANÁLISIS Y LA REPRESENTACION TEATRAL

El trabajo de Green *El Complejo de Edipo en la tragedia* (1969) agrega otros aspectos a tomar en cuenta acerca de la relación entre representación teatral y psicoanálisis.

La idea de que la representación teatral transcurre entre la fantasía y el sueño se ajusta al modo en que aparecen habitualmente las fantasías en el análisis del niño que no son expresadas verbalmente ni, en general, presentadas a través de la narración de un sueño sino que toman la forma de escenas en donde muchas veces debemos participar y es allí en donde encontraremos el lenguaje de la fantasía.

Green plantea que en la representación teatral hay una serie de intercambios desnudos de lenguaje, no hay nada que revele el estado del alma del personaje a no ser que él lo diga. Lo compara con el niño como tomando a su cargo el resto de lo no dicho en el drama familiar y escenificándolo.

En el caso de Laura ¿sería este resto no dicho que ella escenificaba denunciando su identificación con el despotismo y la desconsideración paterna unida a la complicidad de la madre?

“La lectura no podrá ser ni la de la representación ni la del texto sino la del texto en representación” agrega Green (el remarcado es mío).

Es en tanto que representamos el personaje que podemos hacer nuestra tarea de desciframiento.

Me estoy refiriendo de esta manera a la singularidad de la escucha en el juego dramático ya que no se trata de un relato ni de la observación de un niño dibujando o jugando, sino que es a través de la fuerte vivencia que provoca la representación misma del personaje adjudicado en la transferencia la que nos abre el acceso al inconsciente.

Los padres de Laura piden la consulta entre otros motivos por succión compulsiva del pulgar y masturbación anal. Se trata de una niña a la que le es muy difícil contactar con sus pares: “o se ubica como líder o se aísla”, dicen. Ellos mismos parecen tener dificultad en “darle un lugar a Laura”. Parte de los interrogantes que plantean en la consulta tienen que ver con el tipo de escuela a la que deben mandarla: pública-privada, bilingüe o no. Parece no haber un proyecto singular para ella desde los padres.

¿La permanencia en el goce auterótico será el único refugio posible en ausencia de figuras que pudieran ofrecerse “para dar cuerpo, voz e imaginación a aquello que está indicado de manera vaga en un texto”? (Enciclopedia Británica)

Estoy aludiendo así a la manera en que puede incidir la falta de *reverie* parental en los síntomas que traen a Laura a la consulta.

M. KLEIN Y LOS JUEGOS DE REPRESENTAR PERSONAJES

M. Klein tanto en su artículo de 1926, “Principios psicológicos del análisis infantil”, como en el de 1929, “La personificación en el juego de los niños”, muestra de qué manera se prestaba para representar los

personajes que sus pacientes le requerían: se trata de una analista que hace un intenso trabajo antes de la formulación de la interpretación.

Enfatiza que estos juegos de representación sirven para separar las identificaciones operantes en el niño. Su pleno efecto terapéutico depende de que la investigación revele todas las identificaciones y elementos subyacentes.

El material clínico de su paciente Erna muestra una fina descripción de toda la trama. Resulta particularmente interesante la coincidencia con los rasgos paranoides de mi paciente Laura en cuanto a sus fantasías de que los adultos se aliaban en contra de ella.

En muchos momentos yo era una niña que era expulsada de la escuela por alguna mínima crítica que realizaba o porque me oponía a algo: en este caso la directora o maestra llamaba a su madre o hermana y le decían con evidente satisfacción que me vinieran a buscar, parecía que la respuesta telefónica de la persona a la que llamaba era acordar en que esa niña merecía ser expulsada. A diferencia de Erna, mi paciente no podía variar de personaje. Yo era la que debía encarnar a la niña sufriende, expulsada, marginada y ella quedaba siempre del lado de los que tenían todo el poder para hacerla sufrir. Una evolución interesante de este juego surgió cuando me puso un sobrenombre que coincidía, según ella me explicó, con el que el padre a veces usaba para llamarla a ella: ¡este personaje por fin adquiriría un nombre! y además era su propio sobrenombre, *se trataba de un reconocimiento de su compromiso en la representación*. Es importante señalar que la posibilidad de reconocer su implicación en el personaje que me adjudicaba requirió un tiempo considerable y sucedió sin que mediara ninguna interpretación verbal de mi parte, mi intervención tuvo que ver con aceptar el personaje y jugarlo.

Se trata de un “pasaje de la ignorancia al conocimiento” mediado por la acción dramática.

El despliegue del juego tuvo en este caso efecto de interpretación.

En el artículo “La personificación en el juego de los niños” (1929) Melanie Klein aclara que este mecanismo de personificación es la base de la transferencia en la medida en que el niño externaliza su conflicto interno en la persona del analista. De aquí deduce una sugerencia técnica: que el analista asuma todos los roles que le son requeridos y agrega más adelante: “que el analista sea simplemente un medio en relación con el cual se pueden activar las diferentes imagos y revivir las diferentes fantasías para poder ser analizadas”.

Es llamativo en esta cita el lugar adjudicado al analista como

“medio” a través del cual el paciente revive sus fantasías, aun cuando para M. Klein es necesaria la interpretación sistemática de las fantasías que subyacen a las diversas personificaciones.

Melanie Klein concibe en este artículo el juego como un despliegue de lo ya construido en el mundo interno.

Si volvemos al artículo citado acerca de la representación teatral (Enciclopedia Británica) agregaríamos que el texto dramático es sólo un texto en bruto y en la representación dramática se construye un relato: el texto es creado en la medida en que es representado: “los actores dan cuerpo, voz e imaginación a aquello que está expresado de una manera vaga en el texto dramático”. (Enciclopedia Británica)

Quiero señalar aquí de qué manera en el juego mismo con el analista, transferencia mediante, se articula una trama que no es la mera repetición de la trama planteada inicialmente, sino que es en la representación que se escribe un nuevo texto.

Piera Aulagnier señala en su libro *El aprendiz de historiador y el maestro brujo* (1986), la existencia de cuatro versiones de la historia del paciente a las que tiene acceso el analista: “la versión histórica que ofrece el mismo paciente, la versión de los padres del paciente, las versiones hipotéticas que construye el analista basadas tanto en las entrevistas con los padres como con el paciente mismo y finalmente la historia que es reescrita en el proceso analítico mismo entre paciente y analista”.

Tal vez es en la representación dramática misma donde reescribimos con Laura su historia, construyendo un relato que partiendo de “una chica de la calle” hace surgir un personaje que termina poseyendo un nombre.

Laura después de varios meses de representación de estas escenas vino un día y me comentó lloriqueando que ella no sabía por qué le contestaba mal al padre y se mostró preocupada por el maltrato de que hacía objeto a los juguetes del consultorio que ella suponía que los había pagado el padre.

Surgía ahora en ella una pregunta, verbalizada en este caso, acerca del origen de su violencia desplazada a los juguetes que incluye implícitamente su preocupación por el maltrato del que hace víctima a la analista en la transferencia.

ACERCA DEL TRABAJO DEL ANALISTA

Quisiera compartir, a modo de síntesis, algunas reflexiones acerca de la experiencia que significó el proceso analítico con esta paciente y los interrogantes que despertó.

Una de las dificultades más importantes era la modalidad autoritaria, de enorme desprecio que caracterizaba el vínculo transferencial.

Así queda reflejado en la primera descripción que hago de Laura, donde insiste la idea de la posición de sometimiento en que me colocaba, “tengo que mirar la escena..., debo quedar afuera...”. Esta situación requirió una profunda elaboración personal para eliminar toda respuesta retaliativa.

Por otra parte, como lo señalo reiteradamente, la aceptación de este personaje sometido y despreciado parecía constituir la única vía de contacto posible ya que cualquier oposición de mi parte lo interrumpía. Más adelante pensé si éste no sería su modo de comunicarme lo incomunicable: el sufrimiento que implicaba para ella su desamparo dentro del contexto familiar.

Su despotismo también llevó a preguntarme: ¿por qué es sólo a través de la coerción que mantiene contacto, cuál es la angustia que surgiría si no asume este personaje, estaría encubriendo su temor a ser avasallada? Mi propia vivencia en los personajes que me adjudicaba de infinita soledad, de no ser tomada en cuenta por nadie, ¿qué vínculo de su historia reproduce?

¿La identificación con ese personaje despótico encubriría su fragilidad? Adquirían sentido de este modo algunos de los síntomas que motivaron la consulta: sólo ocupando una posición de liderazgo podía relacionarse con sus pares, cuando no se le permitía sostenerse en este personaje aparentemente poderoso, se aislaba.

A partir del aislamiento que yo misma “padecí” pude dar sentido a esta conducta: frente a sus pares se sentía como una “chica de la calle”, diferente, desarraigada, sin lugar, lo que encubría a través de su autoritarismo en el liderazgo.

Su despotismo entonces era una coraza defensiva que encubría su fragilidad subjetiva.

Resultó particularmente llamativo el punto de inflexión que significó para este proceso la adjudicación de un nombre al personaje que yo representaba y que previamente era absolutamente anónimo. En la medida en que este personaje tiene un nombre se convierte en

alguien, deja de ser una “chica de la calle”, hay un cambio significativo en su posición subjetiva.

Si pensamos que la posibilidad de llevar adelante un proceso analítico depende de la implicación del paciente en el proceso, la aparición del sobrenombre con el que el padre la llamaba significó la integración de la situación traumática dentro de su propia organización simbólica y un primer reconocimiento de su compromiso con el proceso analítico.

Laura reconocía de este modo que estaba repitiendo conmigo su propia versión del vínculo con sus padres, asumiendo ella una identificación con la figura paterna y desplegando así sus propias vivencias traumáticas de no haber sido reconocida por su padre, probablemente sus celos hacia los otros hijos del padre correspondientes a un matrimonio anterior que eran los que disfrutaban, según su versión, de la valoración paterna de la que se sentía excluida.

Debió transcurrir mucho tiempo hasta que pudiéramos hablar acerca de sus sentimientos frente a lo que ella consideraba como la indiferencia de su padre hacia ella, la angustia de no ser escuchada por él, de ser rechazada, la complicidad de su madre que no la protegía en este sentido y se sometía ella misma.

Tal como lo plantea Melanie Klein, esa personificación era la base de su transferencia y la posibilidad de proyectar el personaje en la analista suponía un alivio de la intensa angustia que la identificación con este personaje le producía. Ella señala que: “...por la división de roles el niño logra expulsar al padre y la madre que en la elaboración del complejo de Edipo ha absorbido dentro de sí y que lo atormentan internamente en su severidad. El resultado de esta expulsión es una sensación de alivio...”

En el caso de Laura lo expulsado es la niña sufriente en tanto ella se identifica con el personaje despótico y la posibilidad de reconocerse a sí misma como esa niña sufriente requiere un largo tránsito a través de estos juegos.

Nuevamente cito a M. Klein: plantea que “el niño no es súbitamente confrontado con la situación de admitir un nuevo conocimiento de su relación con sus padres o de absorber un conocimiento que lo abruma” (1926).

¿De qué manera estas repeticiones llevaron a una salida diferente?

Si la compulsión repetitiva que denunciaban estas dramatizaciones era consecuencia de la intensa carga traumática que contenía esta historia de soledad, exclusión, desprecio, el despliegue de estas

escenas permitió ligar aquello que había permanecido fuera de toda posibilidad de rememoración.

Por otra parte, el espacio analítico le ofreció la posibilidad a través del vínculo transferencial de “ser alguien” para la analista, ya que la actitud analítica y la aceptación de sus condiciones para el juego suponen un reconocimiento de su necesidad de este despliegue lúdico en su singularidad. Considero que esta experiencia novedosa que ofrece el análisis constituyó un aspecto fundamental en la posibilidad de elaboración que se observa en el proceso analítico.

En cuanto a la singularidad del trabajo que la representación del personaje requería desde el lugar del analista, lo caracterizaría como lo hace A. Green como “la lectura de un texto en representación”.

Al mismo tiempo en que era “afectada” por mis padecimientos en la trama debía conservar mi capacidad de “leer” el texto de la representación en la que participaba.

Si la interpretación verbal significa para el analista un modo básico de comunicación con el paciente y un instrumento altamente valorado en el tratamiento analítico, en este caso no disponía de él.

Reaccionaba a mis palabras como si fueran intentos de coerción, como si a través de ellas reaparecía transferencialmente el padre despótico que sólo quería someterla a su saber.

Era necesario entonces aceptar el contacto posible y evitar colocarme en ese personaje omnipotente para que luego se generaran palabras.

Si bien en este proceso analítico se hace muy notable esta resistencia a las interpretaciones verbales, esta situación es relativamente habitual en los análisis de niños y requiere por parte del analista la posibilidad de usar intervenciones que no promuevan un aumento de las resistencias para que el análisis tenga lugar.

CONCLUSIONES

A partir de la evolución de este proceso analítico se puede plantear que lo central del trabajo analítico tuvo lugar en esta posibilidad de sostener el personaje adjudicado el tiempo necesario para que la repetición transferencial sea elaborada.

Freud plantea en “Recordar, repetir y reelaborar” (1914) que el principal recurso para dominar la compulsión de repetición y trans-

formarla en un motivo para el recordar reside *en el manejo de la transferencia*. “Volviendo esa compulsión inocua y, más aún, aprovechable si le concedemos su derecho a ser tolerada en cierto ámbito: *“le abrimos la transferencia como palestra donde tiene permitido desplegarse con una libertad casi total, y donde se le ordena que escenifique para nosotros todo pulsionar patógeno que permanezca escondido en la vida anímica del analizado”* (el remarcado es mío).

Agrega que... “...el médico no tiene más que esperar y consentir un decurso que no puede ser evitado pero tampoco apurado”.

Adjudica a este trabajo de reelaboración de las resistencias un lugar central en el proceso analítico y sería lo que distingue al tratamiento analítico de la sugestión.

BIBLIOGRAFIA

ARISTÓTELES, *Poética*. Editorial Leviatán.

AULAGNIER, P. (1986) *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Amorrortu Editores.

ENCICLOPEDIA BRITÁNICA.

FREUD, S. (1914) Recordar, repetir y reelaborar. O.C. Amorrortu Editores, 1998.

GREEN, A. (1969) *El complejo de Edipo en la tragedia*. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1976.

KLEIN, M. (1926) *Contribuciones en psicoanálisis*. “Principios psicológicos del análisis infantil”. Ediciones Hormé.

— (1929) *Contribuciones en psicoanálisis*. “La personificación en el juego de los niños”. Ediciones Hormé.

LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J-B *Diccionario de Psicoanálisis*, Editorial Labor, Barcelona, 1968.

WINNICOTT, D. W. (1951) *Escritos de pediatría y Psicoanálisis*. “Objetos y fenómenos transicionales”. “Estudio de la primera posesión no yo”. Editorial Laia, Barcelona.

LIANA MAGHID DE UBALDINI

Liana Maghid de Ubaldini
Murillo 948
C1414AFJ, Capital Federal
Argentina